

y lo es también que, a la vez, cada uno de nosotros influye en los sentimientos y opiniones generales. Estas recíprocas influencias son unas veces de sentido afirmativo, de modificativo otras; y así, lenta o rápidamente, se establecen o modifican los sentimientos individuales y los colectivos, el espíritu particular y el espíritu público. Entendemos, pues, por coacción moral la influencia, o si se quiere, la presión que en nuestro ánimo ejercen los sentimientos de nuestros semejantes, presión que, como ya hemos dicho, tiene carácter de reciprocidad y de ningún modo obedece a cálculos determinados y descansa únicamente en el voluntario acatamiento que los individuos prestan a todo aquello que juzgan equitativo y que saben es reconocido como tal por sus conciudadanos.

Podrá argüírsenos que lo que denominamos coacción moral es propiamente coacción social, mas como con este último término se quiere designar la hegemonía o la preeminencia de un todo orgánico sobre sus partes componentes, completamente ilusoria, según tendremos ocasión de demostrar, preferimos la primera expresión en su sentido genuino de libre cambio de recíprocas influencias.

Es cierto que la coacción social se traduce en temor a la opinión pública, y que muchas veces no se ejecutan determinados actos, que se juzgan buenos, por la simple razón de que la opinión pública los rechaza. Es cierto en un sentido más amplio, según lo demuestra Spencer, que en el curso de la evolución moral los hombres se guían principalmente por temor al jefe, a la divinidad, al poder del Estado o de la ley, y finalmente, a la opinión pública.

Pero es de observar cómo la coacción social, identificándose poco a poco con la conciencia del individuo y con la Naturaleza, se torna a la postre en coacción moral interna, de tal manera, que el hombre llega a guiarse únicamente por sus juicios, sobreponiéndose a todo motivo de temor y al temor mismo.

Si no se pierde de vista el fin último de la coacción moral, se verá fácilmente que aquello que comienza por ser elemento de temor es más tarde materia de cambio que implica un cierto grado de subordinación voluntaria, pero subordinación al cabo, y últimamente se convierte en autocoacción, es decir, que el individuo, identificándose consciente e inconscientemente con las influencias ambientes y con sus propios juicios, acaba por obrar de acuerdo consigo mismo, sin otra guía que el elemento simple del *deber*.

Darwin y Spencer han desarrollado completamente con su gran talento y sus inmensos conocimientos científicos la evolución de la conducta, deduciendo conclusiones definitivas acerca del automatismo de las acciones y estableciendo las transformaciones de la conducta moral en lo futuro. Según Darwin, «los sentimientos de amistad y de simpatía, lo propio que la facultad de ejercer imperio sobre sí mismo, se fortalecen a pesar de todo por el hábito, y como la fuerza de raciocinio progresa en lucidez y permite al hombre aquilatar la justicia de la opinión de los demás, llegará un día en que se verá obligado a seguir ciertas líneas de conducta, prescindiendo del placer o de la pena que sienta al hacerlo.» Entonces—agregá—podrá decir: «Yo soy el juez supremo de mi propia conducta», y repetir las palabras de Kant: «No quiero violar en mi persona la dignidad humana.» Y Spencer llega por otra parte a la conclusión «de que el sentimiento del deber o de la obligación moral es transitorio y debe disminuir a medida que la moralidad aumente.»

Está bien probado que el cambio sucesivo de las condiciones modifica las costumbres, las ideas y los sentimientos de tal modo que, a medida que desaparecen las condiciones que hacían desagradables ciertos actos, se desenvuelven otras que los tornan agradables, y recíprocamente. Así, «las cosas hoy ejecutadas con disgusto—Spencer—y sólo mediante la idea del